

Dos poemas contra el tiempo
Nostalgie de la boue y De senectute,
de Jaime Gil de Biedma.

Pere Rovira

Recupero aquí un par de notas de lectura de cuando trabajaba en mi libro sobre la poesía de Gil de Biedma. Obviamente, los poemas casi siempre se escriben contra el tiempo, pero lo que me interesa de esos dos es su especial manera de atacarlo: *Nostalgie de la boue* es una evocación de la excitante inocencia del joven frecuentador de prostíbulos. *De senectute* es un ejercicio sobre la vejez y la culpa. Ambos proceden seguramente de las ganas de vivir de un personaje maduro y aburrido. Teniendo esto en cuenta, quizá se pueda ver en ellos una reflexión sobre la utilidad balsámica de la escritura.

NOSTALGIE DE LA BOUE

*Nuevas disposiciones de la noche,
sórdidos ejercicios al dictado, lecciones del deseo
que yo aprendí, pirata,
oh joven pirata de los ojos azules.*

*En calles resonantes la oscuridad tenía
todavía la misma espesura total
que recuerdo en mi infancia.
Y dramáticas sombras, revestidas
con el prestigio de la prostitución,
a mi lado venían de un infierno
grasiento y sofocante como un cuarto de máquinas.*

*¡Largas últimas horas,
en mundos amueblados
con deslustrada loza sanitaria
y cortinas manchadas de permanganato!
Como un operario que pule una pieza,
como un afilador,
fomicar poco a poco mordiéndome los labios.*

*Y sentirse morir por cada pelo
de gusto, y hacer daño.*

*La luz amarillenta, la escalera
estremecida toda de susurros, mis pasos,
eran aún una prolongación
que me exaltaba,
lo mismo que el olor en las manos
-o que al salir el frío de la madrugada, intenso
como el recuerdo de una sensación.*

NOSTALGIE DE LA BOUE

El poema es una evocación, en primera persona, del juvenil aprendizaje erótico en el mundo de la prostitución. Si en *Contra Jaime Gil de Biedma*, contemplábamos la irritación del personaje al ver vencidos sus propósitos de enmienda por el atractivo de la noche, vemos ahora su nostalgia de la exaltación con que, de joven, se libró al placer. En cierto modo, ambos poemas constituyen un principio y un final. El muchacho que en las "noches del mes de junio" sentía la soledad y la mordedura del deseo, pronto sería el protagonista de *Nostalgie de la boue*, el "aventurero" de la noche que los años acabaron por hacer insostenible. En *Contra Jaime Gil de Biedma*, el personaje se rechazaba, ahora se muestra nostálgico: son los dos perfiles de una contradicción sólo aparente: lo que en realidad repugna es la edad, no la aventura nocturna. Es la edad lo que hace a la noche degradante.

Tras la primera estrofa, en la que el hablante se ve a sí mismo, arrebatadamente, como un "joven pirata", unas sorprendentes asociaciones reviven climas del pasado y, a la vez, nos retratan a alguien envuelto por las brumas de esos climas pero capaz de encontrar la palabra justa que, identificándole, los recrea. Así, en la segunda estrofa se acumulan el personaje actual, el juvenil y el infantil:

*En calles resonantes la oscuridad tenía
todavía la misma espesura total
que recuerdo en mi infancia.*

El verbo en presente, "recuerdo", señala la intervención de la voz de ahora relacionando dos oscuridades. la de las "calles resonantes" y la que envolvía, o causaba, los miedos y las exaltaciones del niño. Es, como en *Intento formular mi experiencia de la guerra*, un cruce de perspectivas que reúne en la expresión de uno, tres momentos de la vida, tres edades, produciendo un ensamblaje en el que el personaje se reconoce. La intersección entre la óptica juvenil y la madura se aprecia también en la sutileza con que una sola palabra, "prestigio", dibuja la fascinación del adolescente, y, en fin, en la comparación final, capaz de transmitir toda la asfixia de un ambiente en el que el deseo del joven, por su parte, podía encontrar respiro:

*Y dramáticas sombras, revestidas
con el prestigio de la prostitución,
a mi lado ventan de un infierno
grasiento y sofocante como un cuarto de máquinas.*

Después del recorrido callejero, el prostíbulo. La selección se afina hasta el mínimo detalle, y bastan unas pocas pinceladas para lograr la escenografía. Hasta se nos permite espiar los "trabajos" eróticos del protagonista, en un pasaje de insólito descaro poético:

*Como un operario que pule una pieza,
como un afilador,
fornicar poco a poco mordiéndome los labios.*

*Y sentirse morir por cada pelo
de gusto, y hacer daño.*

Sin embargo, no hay que olvidar que la escena no excede los límites de lo privado, que hay que situarla en el ámbito de la evocación mental. La obscenidad, si de ella pudiera hablarse, no surgiría de la crudeza con que el acto sexual es presentado, sino, en todo caso, de dejarnos penetrar en una conciencia evocándolo. Estamos ante una poesía que, con frecuencia, no pone límites a la exhibición de lo íntimo y que no cae en ninguna sonrojante ostentación sentimental. Al hacerse público, lo privado no deja de serlo, quiero decir que lo que contemplamos es la intimidad de alguien, no a alguien proclamándola, sino reconociéndola, mirándose en ella: un ejercicio interior cuya frontera es el poema y que el poema, no su autor, nos ofrece y, también, nos propone.

DE SENECTUTE

Y nada temí más que mis cuidados
GONGORA

No es el mío, este tiempo.

*Y aunque tan mío sea ese latir de pájaros
afuera en el jardín,
su profusión en hojas pequeñas, removiéndome
igual que intimaciones,
no dice ya lo mismo.*

*Me despierto
como quien oye una respiración
obscena. Es que amanece.*

*Amanece otro día en que no estaré invitado
ni a un momento feliz. Ni a un arrepentimiento
que, por no ser antiguo,
-ah, Seigneur, donnez-moi la force et le courage!-
invite de verdad a arrepentirme
con algún resto de sinceridad.
Ya nada temo más que mis cuidados.*

De la vida me acuerdo, pero dónde está.

DE SENECTUTE

Para Jaime Gil de Biedma la edad madura no es tema poético; lo declaraba en una entrevista a José Batlló, aduciendo como prueba *De senectute*, un poema surgido de inventar un personaje poético de setenta y cinco años: al escribir sobre la vejez, el texto brotó sin dificultad. Pero, naturalmente, la pieza es bastante más que un simple experimento en el que su autor apenas se juega nada. Lo advertimos en seguida al reparar en que el protagonista de *De senectute* sólo puede ser la resultante de proyectar hacia el futuro el superviviente de **Poemas póstumos**.

Salvando las distancias, la situación de base se parece a la de *Albada*; estamos ante alguien que despierta y se horroriza del "día que le espera". Aunque personaje y escenario, claro está, son diferentes. El anciano aparece aquí en una casa con jardín, la misma probablemente de *Después de la muerte de Jaime Gil de Biedma*, a juzgar por la semejanza de elementos. Recordemos que leíamos allí:

*El jardín y la casa cercana
donde pían los pájaros en las enredaderas...*

y leemos ahora:

*Y aunque tan mío sea ese latir de pájaros
afuera en el jardín...*

Este vínculo confirma la relación entre los personajes a que aludía más arriba: el anciano es un *Jaime Gil de Biedma* que despierta al amanecer en su retiro de la casa familiar, marco de tantos sucesos importantes en su vida: aquí se fraguó, en la infancia, su "propensión al mito", las "imágenes hermosas de una historia/ que no es toda la historia"; aquí transcurrió "el último verano/ de nuestra juventud"; aquí acudió a reposar tras "la muerte de Jaime Gil de Biedma". Aquí está ahora agotando su tiempo. La casa -"a la que siempre acabo por volver"- perdura como lugar sagrado hasta el final.

Pero ya nada, ni siquiera este lugar, puede dar paz a un personaje situado ante el muro del fin y amargado por la imposible redención de su vida. La noche, tortura del adolescente, gozo y refugio del joven, tentación del maduro, es ahora el reducto que permite al personaje descansar de la tortura de sí mismo. Despertar, vivir, es peor que dormir, morir:

*Me despierto
como quien oye una respiración
obscena. Es que amanece.*

*Amanece otro día en que no estaré invitado
ni a un momento feliz. Ni a un arrepentimiento*

*que, por no ser antiguo,
-ah, Seigneur, donnez-moi la force et le courage!
invite de verdad a arrepentirme
con algún resto de sinceridad.*

Sobre la vida se cierne el peor de los fracasos: carecer de futuro. Estamos ante una existencia que, consumada ya, no ha logrado encontrar la serenidad: el personaje, como su predecesor de **Poemas póstumos**, sigue rechazándose, con la agravante de carecer de tiempo para unos propósitos de enmienda en los que, por otra parte, ya no puede creer. La vieja

*Resolución de ser feliz
por encima de todo, contra todos
y contra mí...*

no sería más que una farsa imposible.

La cita de Baudelaire nos remite al final soñado en *Pandémica y Celeste*:

*Para pedir la fuerza de poder vivir
sin belleza, sin fuerza y sin deseo,
mientras seguimos juntos
hasta morir en paz, los dos,
como dicen que mueren los que han amado mucho.*

El protagonista de *Pandémica* confiaba en una vejez en la que el amor le ayudaría a soportar, sin "asco, su cuerpo y su alma". Ahora, le vemos purgando el *pecado* de no haber sabido ser feliz desde que acabó su juventud, a solas con su peor enemigo: "Ya nada temo más que mis cuidados". La "muerte de Jaime Gil de Biedma" también se llevó la muerte "en paz" que el protagonista de **Moralidades** imaginaba.